

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

ABRAHAM: salió

per Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

«Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir por heredad; y salió sin saber donde iba»

(Hebreos 11:8).

Entre los muchos personajes que se nos presentan en éste capítulo, hay dos a los que se dedica una atención especial. El primero, cronológicamente, es Abraham; el segundo es Moisés. Dios nos presenta a estos dos hombres de Dios como ejemplos en más de un momento de su vida, lo que no pasa con los otros personajes.

La primera vez que nos habla de Abraham viene acompañada de una referencia a su esposa, Sara, un hecho excepcional en este capítulo, que consideraremos más adelante. Es la única vez que marido y mujer nos son presentados como ejemplos de una vida de fe, algo que nos debe hacer pensar.

La consideración del personaje

Abraham era hijo de Taré, i descendiente de Sem. Los descendientes de Sem, por la línea de Arfaxad, descendieron desde donde quedó el arca, la montañas de Ararat (Gé 8:4), hasta la confluencia del Tigris con el Éufrates, cerca del golfo Pérsico, en la región llamada de los caldeos. Por esto encontramos a Taré y su familia establecidos en la región de Ur de los caldeos; allí nació Harán (Gé 11:28) y parece que también Abraham, i allí pasaron los primeros años de su vida y se casaron.

Aunque Noé vivió 350 años después del Diluvio -murió dos años antes de nacer Abraham, según la genealogía del capítulo once-, y que Sem murió durante la vida de Isaac, 500 años después del Diluvio, el transcurso del tiempo trajo un apartamiento de aquellos que nacieron después del Diluvio del culto al Dios verdadero, y la vuelta del hombre a la idolatría. Una primera muestra de ello, la encontramos en el capítulo once del Génesis, y otra la encontramos en Josué 24:2, donde Josué identifica a Taré como un servidor de otros dioses.

Abraham conoció de alguna manera la fe verdadera de sus antepasados, aunque vivió en casa un ambiente familiar idolátrico. Conoció la fe verdadera, y creyó y sirvió al Dios de Noé, un hecho que no debió de hacer fácil su vida en Ur.

El llamado de Abraham

Pablo nos habla de Abraham, y de como actuó en respuesta al llamado de Dios. Éste es el primer hecho que hemos de considerar, en nuestra meditación aquí.

Hemos de ver que quiere decir “llamado de Dios”, y contrastar dicha expresión con nuestra manera de actuar al considerar, resolver y hacer las cosas. Cómo cristianos no nos es suficiente con tener en cuenta aquello que es apropiado o no en cada circunstancia de la vida, hemos de tener presente el llamado de Dios, cual es su voluntad concreta para nosotros.

Pero hemos de percatarnos que no siempre aquello que decimos ser la voluntad de Dios lo es, pues en ocasiones no se conforma o contradice la Palabra de Dios, y la voluntad de Dios siempre debe estar en armonía con su santa Palabra.

Abraham actuó como lo hizo después que Dios lo llamó, y como consecuencia de su deseo de vivir de acuerdo con la voluntad general de Dios, y también con su voluntad específica para nuestras vidas. Éste es un hecho muy importante, que tendíamos que tener presente en cada momento de la vida, y especialmente cuando hemos de tomar decisiones, para evitar esfuerzos inútiles en nuestro peregrinaje al cielo.

Pero, ¿qué quiere decir “ser llamado”? La palabra hace referencia al acto de llamar a una persona, a llamarla por su nombre, y viene de otra palabra que quiere decir mandar, ordenar. Para poder entender un poco mejor como se usa la palabra en el Nuevo Testamento consideraremos algunos versículos del Evangelio de

Mateo dónde encontramos la misma palabra griega:

«Y parirá un hijo, y **llamarás** su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1:21).

«Entonces Herodes, **llamando** en secreto a los magos, entendió de ellos diligentemente el tiempo del aparecimiento de la estrella» (Mt 2:7).

«Y pasando de allí vio otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en el barco con Zebedeo, su padre, que remendaban sus redes; y los **llamó**» (Mt 4:21).

«Andad pues, y aprended qué cosa es: Misericordia quiero, y no sacrificio: porque no he venido a **llamar** justos, sino pecadores a arrepentimiento» (Mt 9:13).

«Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de la familia **llamaron** Beelzebub, ¿cuánto más a los de su casa?» (Mt 10:25).

«Y cuando fue la tarde del día, el señor de la viña dijo a su mayordomo: **Llama** a los obreros y págalos el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros» (Mt 20:8).

Vemos que el significado concreto de la palabra se relaciona con aquel que llama y la razón por la que llama, puesto que el espectro va desde llamar a alguna persona par que venga, hasta ordenar algo a alguien, pasando por la acción de identificar a una persona concreta.

Aquel que llama

Comencemos considerando que es el que llama. Moisés, explicando éste hecho bajo la inspiración Divina, dijo que fue Jehová quien llamó a Abraham.

Ignoramos el conocimiento previo que Abraham tenía del Dios verdadero, aunque Josué afirma que el padre de Abraham servía

“a dioses extraños” (Jos 24:2); pero vemos que reconoció a Jehová como Dios, como aquel que era digno de toda su adoración y de su obediencia. Jehová es el Señor de la tierra y de los hombres, es quien puede dar y quien puede tomar; es soberano, y es aquel que da la bendición y la maldición. Abraham lo reconoció como su Señor, y permitió que fuese el Señor de su vida.

Estas primeras consideraciones nos muestran que, para poder recibir el “llamado” de Dios, hemos de reconocer aquello que Dios es: el Dios verdadero, el Señor de la tierra y de los hombres, de todas las cosas, el Soberano... y sujetarnos a su autoridad. También hemos de tener una vida consecuente de adoración y obediencia, de comunión sincera con Él.

Podríamos alargar ésta consideración, pero lo dejamos aquí para no extendernos demasiado, dejando que el lector complete el cuadro con su Biblia.

El propósito para el que nos ha llamado

Consideremos ahora un poco del propósito del “llamado” de Dios. Hemos de entender que Dios no hace las cosas sin propósito. El propósito de Dios siempre está de acuerdo con su voluntad, por eso cuando Pablo dice en la carta a los Romanos que su voluntad es buena, agradable y perfecta (Ro 12:2b). también nos dice que su propósito es bueno, agradable y perfecto.

El propósito de Dios no es provisional. Dios, que conoce todas las cosas y que es todopoderoso, prevee todo hecho y provee todo lo necesario para el cumplimiento de su voluntad y designio. Nada toma de imprevisto al Señor, no ha de resolver nada “sobre la marcha”.

Cuando Dios llama, pues, lo hace de acuerdo a planes y propósitos eternos. No es un hecho circunstancial, aunque a nosotros nos lo parezca. La Escritura santa nos permite ver ésta realidad,

que cada llamado tiene una parte en el propósito eterno, además de un propósito concreto en su momento. Ciertamente el llamado de Abraham fue individual y concreto, pero formaba parte de un propósito eterno que aún hoy en día se está llevando a cabo.

Dios llama a todos los hombres al arrepentimiento, y a los arrepentidos nos llama a adorarlo, a servirlo y a guardar su Palabra. Éste es el propósito general; pero, particularmente, Dios llama a cada uno a realizar una función para la cual ha estado colocado dentro de la comunión de los redimidos. Actualmente Dios ya no envía voces ni visiones para hacernos conocer su voluntad, para llevar a cabo ésta tarea nos ha dejado su Palabra y la iluminación y la guía del Espíritu Santo (Jn 16:13; Ro 8:14).

El llamado específico de Abraham

Leemos en Génesis: «Empero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; y haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición: y bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré: y serán benditas en ti todas las familias de la tierra» (Gé 12:1-3).

El llamado específico incluye, como en todos los llamados de Dios, cosas que se han de dejar i, a continuación, cosas que hay que incorporar (Jr 1:10).

Entre las cosas que Abraham había de dejar estaba su tierra, Ur de los caldeos, su parentela, su familia amplia, y la casa de su padre, de Taré. El relato bíblico nos dice que no obedeció inmediatamente al llamamiento de Dios, puesto que no dejó a su Padre Taré hasta que murió. Es cierto que Moisés dice que Abraham salió de Ur de los caldeos antes de la muerte de su padre, pero lo hizo sin obedecer el mandamiento de dejar su parentela, y, además, el texto bíblico dice que fue Taré quien tomó la iniciativa:

“Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo: y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán: y vinieron hasta Harán, y asentaron allí”. Abraham se añadió a la iniciativa de Taré de ir donde quería su hijo, pero fue un acto de desobediencia al llamado de Dios –intentó corregir parte del plan que Dios había ordenado–, y eso provocó que quedaran a me dio camino, puesto que se establecieron en Harán, un territorio poblado por los descendientes de Aram, hijo de Sem. Puede ser por eso que Dios dice “tómelo” y “trájelo”, cuando habla del trayecto hasta la tierra de Canaán (Jos 24:3).

La realidad es que finalmente, de la casa de su padre, únicamente acabó acompañándole su sobrino Lot, que también se apropió del Dios de Abraham (2P 2:6-9).

Cuando Dios dice que hemos de dejar alguna cosa, es porque nos hemos de apropiarnos de otras mejores. Dios quería que Abraham rompiera con su pasado idólatrico, y formara un pueblo que no tuviera como raíz a Taré o Ur de los caldeos, sino el llamado que Dios hizo a Abraham, y una tierra nueva que Dios les daba en posesión.

El llamado de Dios fue a favor de Abraham, pero también de sus descendientes y de todas las familias de la tierra. Dios llamó a Abraham a ser una gran nación, a ser bendecido y medio de bendición para todas las familias de la tierra.

La fe de Abraham

En Abraham encontramos ejemplificada la obediencia de la fe. Hay una obediencia general, cómo sería el obedecer el mandamiento de “marchar de un lugar” porque Dios lo ha dicho; pero también hay una obediencia que es por la fe, que era obedecer el mandamiento de marchar hacia un lugar desconocido creyendo a

aquel que se lo había prometido como herencia, y seguro que lo recibiría en su momento. Es una obediencia un poco distinta, que requiere madurez espiritual, que exige una mayor profundidad espiritual.

¿Estaríamos dispuesto a emprender una marcha en obediencia a la Palabra de Dios hacia un destino desconocido? Pero el llamado no se dirige al hombre en su condición natural, se dirige al creyente en su condición espiritual, en la que la fe lo puede hacer posible.

La vida del creyente es una vida de fe. En la marcha de fe, se nos presenta el ejemplo de Abraham para que avancemos en la vida nueva. Dios pone a prueba nuestra fe, y lo hace, no con el propósito de evidenciar nuestra debilidad espiritual, sino para que nuestra vida espiritual crezca fundamentada en la gracia de Dios, y en la provisión del Espíritu Santo. Pedro habla de la prueba de la fe del creyente (1P 1:7), y también dice que dicha situación hemos de ser diligente para añadir a nuestra fe la virtud (2P 1:5).

En ocasiones, la voluntad de Dios nos es dada en su totalidad, la conocemos concretamente, conocemos su propósito, sus implicaciones... Pero, en otras ocasiones, sus aspectos se nos descubren paso a paso; Dios únicamente nos permite saber el primer paso que hemos de dar, pero no el segundo, éste lo conoceremos después de haber dado el primero; y, claro, tampoco conocemos el lugar concreto al cual nos dirigimos. En dichas circunstancias, a menudo, quedamos desconcertados; por eso el Señor pone a nuestra consideración el ejemplo de Abraham, para que aprendamos cómo hemos de caminar por la fe. Quiera Dios que nuestra oración sea: ¡Enseñanos, Señor!

Edicions Cristianes Bíbliques